

DISCURSO DE LA MINISTRA DE CULTURA PREMIO CERVANTES 2009

Embargado hasta su inicio. Sólo es válido el discurso pronunciado

Majestades, Presidente, Autoridades, Señoras y señores,

La culpa es de las solapas y las contraportadas de los libros...

“Tarde o temprano”, al dejarlos en la mesilla, vuelves a fijarte en la fotografía, vuelves a leer el esbozo de biografía, la breve reseña y surgen las preguntas.

Es inevitable, es invencible la curiosidad; queremos, necesitamos saber cómo se enfrentan los autores a su tarea... ¿Dónde escriben? ¿En el café, en un despacho? ¿Y a qué horas? ¿A mano o en el ordenador?

Intuimos que cada creador tiene un modo único de aproximarse a su obra, también los escritores. Y sobre todo los poetas.

Los hay que entran en las papelerías y prueban los bolígrafos como quien prueba un piano, sabiendo que la creación tiene mucho de ritual.

Los hay que primero se toman el café en la misma taza de siempre, sobre la misma silla de siempre, y siempre a la misma hora, sabiendo que la creación tiene mucho de disciplina.

Y después... Después está José Emilio Pacheco.

Porque Pacheco escribe siempre desde la necesidad, escribe porque no sabe, porque no puede, porque no quiere vivir de otra manera... como el cangrejo de aquel poema: “Toda la noche escribe el cangrejo en la arena húmeda el poema infinito de los mares. Lo hace aunque sabe que al atardecer vendrán las olas a borrar su escritura”.

Pacheco escribe sabiendo que vendrá la marea, y con ella, la desintegración en el tiempo, la desmemoria. Y lo lleva haciendo desde la niñez, desde que su abuela le enseñara a leer con las fábulas y poemas de Campoamor.

Su propia vida es la prueba del don que tiene la literatura para contagiar la creatividad. Es un don que no se hereda, pero que se transmite. Como casi todas las cosas, se siembra en el terreno de la infancia. Sabemos que Pacheco

descubrió, muy pronto, que cada vez que se escribe, vuelve a leerse todo lo leído. Por eso fue, como él mismo nos cuenta, un niño preguntón, interesado por todo, que con diez años comenzó a escribir. Como ha ocurrido siempre, porque cuanto más se lee, más se reescribe, y más se quiere escribir.

Y más se aprende a mirar de otra manera, a saber detener la mirada, frente a lo que podría haber pasado inadvertido. Una tela de araña, por ejemplo. Nos confiesa Pacheco en una página, que “confesar afición o al menos respeto por las telarañas es declararse fuera del juego, al margen de la tribu”. Por eso, a los quince años, cuando queremos ser aceptados en la pandilla, en el equipo de fútbol, le tocó confesar: “me da pena decirlo: escribo versos”. Esa pena, esa vergüenza, está muy bien traída porque es triste que un adolescente que quiera ser poeta sienta vergüenza. No parece que algunas cosas sean hoy muy distintas de cuando Pacheco cumplió los quince.

Sin embargo, aunque los versos sigan estando menos cotizados que el fútbol, creo que no faltan razones para la esperanza. Hoy, se lee más poesía, y se escriben más versos, también a través del teléfono móvil como hacen no pocos de nuestros jóvenes, muchos de ellos, lectores de Pacheco.

Pero sigamos intentando reconstruir los pasos de nuestro autor, busquemos las huellas en sus propios textos...En “Otriedad”, en otra edad, donde nos plantea esta pregunta: “¿Qué pensaría de mí si entrara en este momento y me encontrara donde estoy, como soy, aquel que fui a los veinte años?”. La propia formulación de esa pregunta que nos atrapa, contiene una evidencia: Pacheco es un maestro en el misterio del tiempo. Tal vez sea porque además de poeta, es -en esencia- un gran fabulista. Su forma de recurrir a lo narrativo, nos da la clave de su afán. Quiere hacerse entender, quiere ser claro, transparente. Aunque sabe que según se pronuncian las palabras, se marchitan. Sin embargo, insiste en el impulso de perfeccionar sus propias obras. No como obsesión estética, sino como objetivo ético, como elección vital.

Entre ser admirado y conectar. Pacheco elige la humildad, decide conectar. Por eso ha firmado algunos de los poemas más compasivos y más solidarios del último medio siglo. Poemas que nos ayudan a ser mejores, ante nosotros mismos, frente a la violencia y la crueldad, frente a cualquier forma de adversidad. Dos versos suyos, nos sirven para encarar estos tiempos y los que vendrán: “No quiero nada para mí, sólo anhelo lo posible imposible: un mundo sin víctimas”. La ética importa, la moral importa. Importan los valores.

Cada vez que nos preguntamos: ¿Cómo puedo vivir mi vida en este mundo decepcionante, imprevisible, y, a menudo, abominable?, ¿Cómo puedo vivir mejor?... Descubrimos por qué necesitamos la poesía. Para Pacheco es la mejor

herramienta para interpretar la realidad. Y no le falta razón. Traducir lo contrario y lo cambiante a nuestro idioma equivale a forjar ideas, a entender cada injusticia y a poder transformarla.

Por eso el español es tan capaz de unirnos y conectarnos, porque, también, es la lengua de Pacheco. Escribe en español teje y desteje sin tregua, sabiendo que el tiempo también trabaja y no descansa. Con el hilo fino y resistente de nuestro idioma, articula redes y nos conecta, y nos atrapa.

Por eso su voz, pasará la prueba de fuego: sólo las mejores voces, las más honestas, pueden despertar vocaciones. Es fácil de comprobar. Cuando nuestros hijos nos pregunten “¿Adónde van los días que pasan?”, bastará con que respondamos “a los versos de Pacheco”, dejando uno de sus libros sobre la mesa. Así puede activarse el hábito de la lectura, y la pasión por la escritura.

Y, además, la curiosidad como latido. Como muestra, los siguientes versos: “Tu tierra es de ceniza. Monumentos que el tiempo erigió al mundo, mausoleos, sepulcros naturales. Cordilleras y sierras nos separan. Somos una isla de sed [...] Sin embargo, la tierra permanece y todo lo demás pasa, se extingue. Se vuelve arena para el gran desierto”. Estas palabras pertenecen al poema “México, vista aérea”. Es imposible, no pegar la nariz a la ventanilla y preguntarse: ¿Quién vivirá allí? ¿Cuánto nos parecemos? Y apoyarse en el respaldo del asiento y sonreír, pensando que hablamos el mismo idioma. Con esas pocas palabras, con su lenguaje tasado, de una precisión llena de pureza, con tan poco, logra Pacheco decirnos tanto. Y nos resulta admirable.

Él mismo nos ha contado: “no tenemos raíces en la tierra. No estaremos en ella para siempre: sólo un instante breve”. Pero lo ha dicho haciendo de su vida una forma de acercamiento humano, una manera de “intentar lo imposible”, un continuo ejercicio de “generosidad implacable”. Es un creador que cuida cada palabra como si fuera el único resto de un naufragio.

Por eso ahora, mientras entra en esta sala el Pacheco de veinte años y se siente, aunque sólo un poco, complacido con el porvenir de su pasado, llega el momento, querido José Emilio, de felicitarle por el merecido Premio Cervantes, galardón que, sin duda, le honrará, bien lo sé, por su reconocido cariño al escritor que le da nombre. Nació aquí, en Alcalá de Henares.

Un lema quijotesco “Corre el tiempo, vuela y va ligero, y no volverá”. Fue el elegido para un poemario suyo. Porque Pacheco nos ha enseñado que sólo lo frágil perdura, que hay defensa contra el vacío, que se puede ser conciencia del tiempo...

Por todo ello, y por mucho más, le entregamos nuestro agradecimiento y nuestra admiración a una obra que, por mucho que insista en ello, no podrá ser olvidada ni cuando termine el final de los tiempos.

Muchas gracias.